

particular si son incomprensibles, pues la muerte de la imaginación es el conocimiento de la verdad.

Otras razones contribuyeron también á la conversión de los bárbaros. A medida que iban avanzando hacia el Mediodía, alejándose de las tempestuosas y sombrías regiones del Norte iban perdiendo enteramente la idea del culto paterno, inherente al clima en que habían nacido. No era ya fácil que en un cielo sereno pudiesen ver celajes que les representaran las almas de los héroes que habían perecido: no vagaban ya al pálido resplandor de la luna por áridos campos, ni solitarios valles, creyendo oír en pos de sí las ligeras pisadas de los espectros, ni podían creer que las elevadas cimas de los pinos, se encorvaban al impetuoso vuelo de los espíritus irritados: no reposaba ya el meteoro en el ramaje del ciervo al borde del azulado torrente; no podían ver ya los altos torreones envueltos por la niebla de la tarde; ni el aliento de la noche silbaba en las abandonadas salas de armas del guerrero, ni el viento del desierto suspiraba entre las agostadas yerbas, y alrededor de las cuatro piedras angulares de la tumba (1). La primitiva religión de aquellos pueblos se había por último disipado con las tempestades, las nubes y las nieblas del Norte (2).

Por otra parte el nuevo culto que se les presentaba no era tan extraño como vulgarmente se cree al dogma de sus padres. Si Jehová creó á Adán y Eva, Odín formó también del barro de la tierra al valiente Askus y á la hermosa Emla: Henærus les dió la razón, y Lætur, derramando en sus venas torrentes de una sangre pura, hizo que se abrieran sus ojos á la vida (3).

Por último, habiéndose civilizado los caudillos de aquellos pueblos bárbaros abrazaron el cristianismo para lograr imperios, y los hombres después de haber cambiado de costumbres, idioma y religión, y habiendo perdido hasta la memoria del tiempo pasado pudieron imaginarse que acababan de ser creados sobre la tierra (4).

CAPITULO XXXVIII.

DESDE LA CONVERSION DE LOS BÀRBAROS HASTA EL RENACIMIENTO DE LAS LETRAS.—LLEGA EL CRISTIANISMO SU MAS ALTO GRADO DE GRANDEZA.

Afianzando cada vez mas y mas el clero su poder en medio de esas tempestades, consiguió organizarse de un modo casi indestructible. Reuniones de solitarios que vivían en el retiro de los claustros, compo-

(1) Los dos *Edda*; Mallet, *Introduc.* á la Hist. de Din.; Ossian.

(2) Si cito á Ossian con otros autores es porque soy como el doctor Blau en Inglaterra, Mr. Goethe en Alemania, y muchos otros, uno de esos espíritus crédulos á quienes los chistes de Johnson no han podido persuadir que no hay algo de cierto en las obras del bardo escocés. Que Johnson, cuando se le preguntaba si conocía muchos hombres capaces de escribir semejantes poesías, contestara que conocía muchos hombres, mas mujeres y muchos niños, nada significa, ni prueba nada. Lo que me parece extraño es que en esa célebre disputa no se haya tenido presente la colección del ministro Smith que acota continuamente las páginas con el texto celta, y propone una edición original de los poemas de Ossian por medio de una suscripción. En esa colección de Smith figuró un canto sobre la muerte de Gaul, en el que hay pasajes verdaderamente interesantes, en especial el de Gaul expirando de hambre en un desierto y alimentándose con la leche de su esposa.

(3) Bartholin, *Antiqued. Danes.*

(4) Daniel, *Hist. de Franc.*; Gregor de Tours, lib. 1., *Hume's Hystor. of Engl.*; Henri's, *Ibid* etc.

No estoy aun convencido de la autenticidad de las poesías de Ossian; en vez de creer que el celta de Ossian ha sido traducido al inglés por Macpherson creo que este ha sido traducido al celta por algun buen escocés, amante de las glorias de su pais. (N. ED.)

nian las columnas del edificio; el clero regular, clasificado también en corporaciones distintas y separadas, ejecutaba los decretos del pontífice romano que bajo el modesto nombre de *Papa* se había ido gradualmente poniendo á la cabeza del gobierno eclesiástico. La ignorancia acabando de envolverse en nuevos velos contribuía á dar una apariencia mas formidable á la situación, y la Iglesia rodeada de tinieblas, que daban mayor volumen á sus formas, se encaminaba como un gigante al despotismo.

Después del reinado de Carlo Magno, y de la división de su imperio, fue cuando el cristianismo llegó al apogeo de su esplendor. Las guerras civiles de Italia, conocidas con el nombre de *güelfos* y *gibelinos*, presentan un carácter nuevo á quien no haya hecho estudio del corazón del hombre. Los papas, atacados por los emperadores, tenían por enemigos la mitad de los pueblos de Italia, y eran considerados por parte de estos como unos tiranos y perversos: eso no obstante habia un decreto de la Corte de Roma para destronar á un soberano, y le obligaba á presentarse en señal de penitencia con los pies y la cabeza desnudos tal vez en invierno, bajo las ventanas del pontífice que por último se dignaba concederle la absolución humildemente pedida de rodillas (5). Roma religiosa tomaba parte en aquel tiempo en todos los asuntos civiles, y disponía de las coronas, como de unos juguetes que le pertenecían.

De allí á poco ocurrió el período de las Cruzadas que forma época en la historia del cristianismo, porque dulcificando las costumbres por medio del espíritu de la caballería prepararon el camino al renacimiento de las letras. Entonces fue cuando los señores de Crequi abrazando su escudo abandonaban su casa solar para ir á buscar aventuras, y tal vez alguna corona. Cuando aquellos buenos caballeros llegaban á verse desarmados, y en peligro inminente, se arrojaban los unos al pie de los otros como dice el señor de Joinville, y se pedían sencillamente la absolución de sus culpas. Pero en tanto que su diestra podía enristrar la lanza por grande que fuera el peligro, no hacían mas que sonreírse diciendo los unos á los otros: «Ea, caballeros, mucho hablaremos de esto con nuestras muchachas.»

CAPITULO XXXIX.

DECADENCIA DEL CRISTIANISMO POR TRES CAUSAS, Á SABER: VICIOS DE LA CÔRTE DE ROMA, RENACIMIENTO DE LAS LETRAS Y LA REFORMA.

De la época de las cruzadas empieza á datar la decadencia de la religión cristiana. Los papas, expulsados de Italia, se refugiaron por algun tiempo en Aviñon y la autoridad de la Iglesia se vió debilitada por la creación de anti-papas que dió lugar á nuevos cismas. Por otra parte, los pontífices subyugados por el lujo y deslumbrados por los atractivos del poder, se fueron encenagando en toda clase de vicios. El ateísmo público de algunos, y el escándalo y desvergüenza de su vida privada, no eran en verdad elementos muy poderosos para sostener el culto entre los pueblos. El clero, tan depravado como su jefe, se entregó á todos los excesos, y los conventos servían de asilo á la crápula y á la disolución (6).

En medio de tales circunstancias ocurrió un gran suceso que vino á dar una herida de muerte al cristianismo. Habiéndose apoderado los turcos del imperio de Oriente, vinieron los sabios de la Grecia á refugiarse en Italia al lado de los Médicis. Por un singu-

(5) Denin, *Ist. del Ital.*; Macchiari, *Ist. Pior.*; AER., *Cron. de Alem.*; Hen., *Cron.*; Gian., *Ist. di Nap.*

(6) Dante, *Inferno*; Petrar., *Lett.*; Maquiab., *Ist. Fiorent.*

lar concurso de circunstancias acababa de hacerse en el Occidente el descubrimiento de la imprenta como para estar á punto de recibir dignamente á los ilustres emigrados. En otra parte he hablado ya del renacimiento de las letras y sus efectos. No tardó en venir en pos de ella la reforma; de manera que el cristianismo tuvo que recibir uno en pos de otro ataques de que hasta el presente nunca se ha podido reponer (a).

CAPITULO XL.

LA REFORMA.

Una de las interesantes épocas de la Europa moderna es la de la reforma. Desde que los hombres empezaban á dudar en materias de religión, dudan también en materias de política. El que se atreve á investigar los fundamentos de su culto, no tarda en hacer lo mismo respecto de los principios del gobierno. Una vez que el espíritu pide ser libre, el cuerpo ambiciona también serlo: esto es una consecuencia natural (b).

Erasmus preparó el camino á Lutero; Lutero franqueó el paso á Calvino, y este á otros muchos. Se dará razón de la influencia política de la reforma en las revoluciones de que tengo que hablar aun. Considerándola únicamente en este lugar bajo el punto de vista religioso puede observarse que las diversas sectas que engendró produjeron en el cristianismo iguales resultados que las doctrinas filosóficas de Grecia en el ateísmo; pues ambas debilitaron todo el sistema sacerdotal. El árbol, del que brotan demasiadas ramas no suministra todo el vigor necesario á su único tallo, y está mas propenso á la decadencia. No concluiré este artículo de la reforma sin hacer una reflexión. ¿Para qué sirvieron todas aquellas escenas de matanza de la Liga? (1), en cuyo tiempo se vió,

(a) Algo de cierto hay, históricamente hablando en lo que acabo de decir del cristianismo desde la conversión de los bárbaros hasta la reforma; pero en el relato histórico se echa de ver á un enemigo y el espíritu de la sátira transpira por todas partes. Por lo que digo de que el *cristianismo nunca ha podido reponerse de los ataques que sufrió*, debo manifestar que emitiendo ese juicio incurri en un error capital. La religión cristiana no pereció en la revolución, ni perecerá nunca porque sus raíces estrictan en la naturaleza divina y en la naturaleza humana. La fe podrá tal vez cambiar de pais, pero subsistirá eternamente con arreglo á la promesa divina. (N. ED.)

(b) Presento en estas cuatro líneas dos ó tres verdades sobre las cuales se han escrito posteriormente obras llenas de declamaciones contra las libertades públicas. Ningun inconveniente hay en investigar los principios del gobierno á que estamos sometidos para adherirse á ellos si son buenos y reformarlos si son malos; no hay en mi concepto ninguna razón para que se ponga una venda en los ojos de los hombres á fin de hacerles marchar por el camino derecho. No ignoro ciertamente que el que se toma el empeño de conducirlos tiene grande interés en dejarles puesta esa venda porque de ese modo los dirige por donde le da la gana. Pero ni el cristianismo por su parte, ni la libertad por la suya no temen la claridad, pues con cuanta mayor detención sean examinados tanto mas amables y mas dignos de amor aparecerán. Tampoco encuentro razonable que se pretenda amalgamar la religión con la política; pues de eso se inferiría que cuando un pueblo es esclavo tiene que serlo eternamente por temor de tocar las cosas santas. El asociar la fe á las injurias del despotismo seria causar á la primera un inmenso perjuicio. (N. ED.)

(1) *Espíritu de la Liga.*

Encuéntrense en las *Cartas de Pasquier* dos pasajes interesantes acerca de las desgracias que las revoluciones produjeron en Francia, y sobre todo en la capital de la monarquía. Voy á presentarlos.

El primero se refiere á las guerras civiles del tiempo de Carlos VI. Pasquier después de haber hablado de la población y riqueza de París en tiempo de Carlos V, sigue diciendo:

«En tanto que nuestra ciudad se empeñó en sostener tan

como en nuestros dias, que no faltaron franceses capaces de arrastrar por el suelo las entrañas de sus

furiamente el partido de Borgoña fue insensiblemente quedándose del todo desierta, y principiaron sus grandes hosterías llamadas de Flandes, Artois, Borbon, Borgoña, Nesle y otras muchas á no servir mas que para nidos de cornejas, siendo asi que poco antes no servian sino para habitación de príncipes, duques, marqueses y condes. En un manuscrito de aquella época escrito en forma de diario he leído de cierto lobo que habia tomado la costumbre de atravesar todos los meses la ciudad de un extremo al otro, estando ya el pueblo tan familiarizado con su vista que le llamaban el *corre-calles*, y se reían grandemente al verlo. Habria sin duda tomado el animal esta costumbre ó bien por las matanzas que diariamente se cometían en el recinto de la ciudad y por los cadáveres que frecuentemente hallaba abandonados, ó bien porque la población habia quedado casi enteramente desierta. De todos modos es indudable que durante las turbulencias de los Borgoñones y Orleanses y la guerra de Francia é Inglaterra llegó la ciudad de París á un increíble extremo de miseria, pues en la titulada historia de Luis VI se lee que para volver á poblarla se recurrió al expediente adoptado por Rómulo en otro tiempo de conceder ámpio indulto y perdón de toda pena á los criminales que quisieran avercendarse en ella. Mas no puede citarse mayor prueba del abandono y miseria en que cayó, que la ordenanza que se encuentra en los antiguos registros del Chatelet mandando denunciar á son de pregon los solares abandonados, y dando su propiedad al primero que los reclamaba si en el término de siete semanas no se presentaba su verdadero dueño. De manera que cuando en nuestros antiguos títulos y escrituras leemos que algunas casas y terrenos tanto de la ciudad, como de sus alrededores fueron dados sin mediar ningun precio, no puede tomarse por argumento de la felicidad de aquellos tiempos, sino antes por el contrario se debe considerar como una prueba incontestable de la calamidad á que por la larga serie de trastornos se habia llegado.» (Tom. 1. lib. x. pág. 663.)

Si en una historia de la revolución actual se presentara el siguiente pasaje del mismo autor apenas creeria nadie que se referia á los tiempos de la Liga. «Hace ya tiempo que me devora una tristeza que es preciso que la deposite en vuestro seno. Temo, veo y estoy persuadido de que nuestra república va llegando á su fin. No podemos negar que tenemos un gran monarca, sin embargo si Dios no lo mira con ojos de piedad está muy cerca de perder su corona, ó de presentarse el completo trastorno de su reino.—El verdadero subsidio que el monarca debe atesorar es el amor de sus vasallos. La mayor parte de los que han rodeado al soberano, no lo han hecho sin duda mas que por la codicia de enriquecerse, y han creído que el mejor medio de conseguirlo era presentarle nuevos proyectos de contribuciones que arruinan al pobre pueblo, ó mejor dicho que arruinan al mismo trono. Dignos son ciertamente esos malhadados consejeros de un castigo aun mas horrible que el de ser despedazados por cuatro caballos como se suele hacer con el que atenta contra la Magestad de su rey. Tanto mas cuanto que conservando aquellos pérdidas su grandeza por medio de tan reprobadas invenciones le han puesto en el conflicto en que ahora le vemos.....»

«Dios concedió á nuestro soberano muchos de sus altos dones que le son particulares; mas como al fin es hombre no puede ser tan completo que entre sus buenas prendas no tenga algunas imperfecciones. Ni uno solo hay de cuantos han participado de su favor que no haya (no diré resistido, porque esa palabra disonaria tratándose de un monarca) hecho estudio de halagar sus opiniones por mas que manifestamente se desviaran del camino de la razón. El monarca era naturalmente inclinado á la liberalidad, propension heredada de su madre, la reina, y que es una virtud verdaderamente régia, cuando no se satisface á costa de la opresión del pobre pueblo. ¿Quién es el que por sus extraordinarias importunidades no haya incurrido en el abuso? Por desgracia ninguno de los altos funcionarios que estan á su alrededor le ha contradicho, y he aquí como un grande y excelente príncipe dejándose en primer lugar arrebatado de su inclinación, luego vencido por la importunidad de los que le rodean, y últimamente no auxiliado por la prudencia de sus consejeros, no ha podido impedir que la cosa pública haya ido cayendo en el desórden y confusion en que la vemos.»

«Tal es la causa que impele á nuestra nación hácia la ruina; primeramente por no sé qué fatal artificio de los que se hallan contentos (que son causa de que los hombres de bien no lo estén): los cuales viendo que á la larga no podrían dar cumplimiento á todas las liberalidades extraordi-



TETIS REGRESANDO A SUS HÚMEDOS PALACIOS.

víctimas, devorar sus corazones palpitantes, y sus carnes aun tibias, profanar los sepulcros, y esparcir

narías del rey, han recurrido á una infinidad de perversos arbitrios no para aliviar las necesidades públicas, sino para hacer donativos, en medio de nuestros trastornos á unos y á otros. Y para que esos expedientes surtieran efecto han obligado á los altos funcionarios á autorizarlos con su aprobación, unas veces con intervencion del rey y otras con la de los príncipes de su casa. En ningún país se ha practicado anteriormente semejante liberalidad. Y si no tenían á mano dinero para satisfacerla recurrían á una cierta clase de gente, verdadera plaga producida por la corrupción del siglo y designada por la palabra nueva *financieros*, que avanzaban la mitad ó la tercera parte de la suma para cobrarla luego ellos por completo. Verdadera generacion de víboras ha sido esa gente; pues han hecho morir á su madre la patria, así que han abierto los ojos.

sobre el suelo los huesos, medio reducidos á polvo de sus antepasados? ¿Para qué sirvieron aquellos de-

»Por colmo de desgracia hay que añadir que al paso que los príncipes y grandes señores se han ido apartando de la direccion de la cosa pública, las medianías han ido avanzando hasta las gradas del trono. Ya os he referido todo esto en globo. Si me propusiera referiroslo por menor, temo que me faltaria tinta para escribir tantos detalles. ¿Qué fruto han producido todos esos manejos? Opression de los vasallos, pobreza de todo el reino, descontento de las clases altas, y un odio general de todo el pueblo contra su rey. ¿Y al fin podemos prometernos otra cosa mas que ese desconcierto que nos ábruma en la actualidad?.... Tantas innovaciones introducidas á expensas del pobre pueblo eran como unos malos humores de que el cuerpo social se iba llenando, de los cuales no podia resultar mas que esa grande explosion de escándalo que acabamos de ver. Eran á manera de un pus, á manera



AGRIPINA SE INCORPORA EN EL LECHO: EL MAS LEVE RUMOR LA ESTREMECE.

sastres de los Países Bajos, en os que puede decirse que el duque de Alba ensayó el primer acto de la tra-

de una podredumbre que el médico sobrenatural ha resuelto en viento cuando menos lo pensábamos. Bien lo ha conocido el mismo monarca; cuando tan súbitamente desde que llegó á Chartres para tomar alguna providencia sobre ese desorden revocó muchas de aquellas malhadadas medidas y dictó otros saludables decretos. Ojala que hace dos meses hubiese adoptado espontáneamente esa resolucion para que los que vemos que estan indignados hubiesen podido creer que á la prevision del monarca y no al escándalo ocurrido debian semejante beneficio. Pero es un defecto comun á todos los reyes el no reconocer sus faltas, cuando Dios los castiga..... En mi concepto ningún monarca ha recibido mayor afrenta por parte de su pueblo (lo digo lleno de confusion) que la que ha recibido el nuestro. Habiendo sido tan victoreado cuando regresó de la Beauce, ¿quién habia de creer que de allí á seis ó siete meses fuese recibido de modo que lo ha sido el día de las Barricadas en su querida ciudad de Paris? Jamás se ha visto mas

gedia de Robespierre (1)? ¿A qué contribuyeron los asesinatos cometidos en Alemania, y las guerras civiles de Escocia (2)? ¿Qué produjo la revolucion de Cromwell, durante la cual hubo víctimas acinadas bajo cubierta de los buques, y reducidas á tal desesperacion que mutuamente se propinaban venenos para librarse de tanta miseria (3)? ¿Cuál fué sobre todo la causa que motivó tan execrables resultados? Compadezcamos, floremos los extravíos de la humana raza. El motivo fue que un fraile llevó á mal

tumultosa agitacion de pueblo que durante el jueves y el viernes que permaneció en la ciudad, y el sábado así que se tuvo noticia de su partida, vimos el impensado derrocamiento de todas las cosas: triste y demasiado evidente señal del odio que le profesan!» (Tom 1, lib. xu, pág. 796 etc.)

(1) BENTHOEG. GROTIUS. STRADA etc.

(2) ROBERTSON'S, *Hist. of Roland*

(3) HUME, WHITELOCK, WALKER, etc.

que el papa no hubiese dado á su comunidad, mas bien que á otra la comision de vender indulgencias en Alemania (a).

CAPITULO XXI.

DESDE LA REFORMA HASTA EL REGENTE.

Cuando se dispó la tempestad suscitada por la reforma, apareció el Vaticano, pero va medio arruinado. Sus sólidos muros habian perdido su altivez, y en sus torreones se veian hendiduras causadas por sus propios rayos que el furor de la tempestad habia hecho retroceder hácia el mismo sitio de donde habian partido. Las medidas violentas adoptadas por los reyes y los papas contra las inovaciones religiosas, no habian hecho mas que acabar de exasperar los ánimos. La libertad que durante la calma parecia pequeña y de fuerzas escasas, se convierte en gigante al rugir la tormenta.

Entre las consecuencias funestas para la religion que resultaron de aquellos trastornos, debemos hacer particular mencion de una. Las revoluciones causan en su rápido curso tales estragos en las costumbres, como aquellos miasmas letales que al pasar, marchitan la vida de las flores. La ley, cuya vista se oscurece durante las convulsiones de un Estado, no puede velar sobre el ciudadano que suelta la rienda á sus pasiones y se precipita en la inmoralidad: para remediar esta relajacion no bastan años ni á veces siglos. Esto es precisamente lo que sucedió en Europa despues de los trastornos de que acabo de hablar; y la religion que siempre corre parejas con el estado de las costumbres, perdió mucha parte de su influencia en proporcion del maleamiento de aquellas.

Habiéndose finalmente restablecido la armonia, los hombres no pudieron menos de volver hácia atrás la vista, y ruborizarse de su insensatez. La ilustracion que cada vez iba tomando nuevo incremento, contribuia tambien á que se aborreciera la causa que al parecer habia producido resultados tan funestos. En materias de fe no se reconocen límites: desde el punto en que deja de creerse alguno de sus articulos, es muy temible que no domine de allí á poco la incredulidad absoluta. Rabelais, Montaigne y Mariana dieron que admirar por la novedad y audacia de sus opiniones políticas y religiosas. Hobbes y Espinosa, arrancándose la máscara, se presentaron en su verdadero aspecto; y de allí á poco Luis XIV dió á la Europa el último ejemplo de fanatismo nacional con la revocacion del edicto de Nantes. (1)

CAPITULO XLII.

EL REGENTE.—ACELÉRASE LA CAIDA DEL CRISTIANISMO. (b)

En fin apareció el regente, á cuya época es preciso referir la caída total del cristianismo. El duque de Orleans brillaba por su imaginacion, sus gracias y su finura; pero al mismo tiempo era el hombre mas inmoral de su época y el menos á propósito para dirigir una nacion veleidosa, sobre la cual tanta influencia ejercian los vicios de sus gobernantes, particular-

(a) Este capitulo habia principiado muy bien por lo tocante á la reforma y es lástima que por causa del filosofismo acabe tan mal. Me parece que al escribir este *Ensayo* yo no era partidario ni de *Ginebra*, ni de *Roma*. (N. ED.)

(1) Omito hablar de las escandalosas escenas del populacho de Londres contra los católicos en 1680.

(b) ¡Caída del Cristianismo! Parece que me habia aficionado á esa frase; sin embargo no era el cristianismo, sino las costumbres las que iban cayendo. Mas aunque en realidad hubiera el cristianismo caido en Francia ¿podrá decirse que habia sucedido lo mismo en el resto del mundo? (N. ED.)

mente si llevaban el sello de la amabilidad. Entonces fue cuando se vió nacer la secta filosófica, causa primera (c) y última de la actual revolución. Cuando los pueblos se corrompen, surgen hombres que les dan á entender que no hay venganza por parte del cielo.

El trastorno que Law (d) produjo en el Estado con la creacion del papel, contribuyó no poco á conmovertar la moralidad del pueblo. Interés y corazon humano son palabras de igual significacion (e). Cambiar las costumbres de un Estado, es lo mismo que cambiar el órden de las fortunas. En los accesos de desesperacion, y en la embriaguez de la prosperidad se apaga todo sentimiento de delicadeza, no diferenciándose ambas situaciones sino en que el que se ve súbitamente elevado á la segunda, conserva todos sus vicios, y el que cae en la primera pierde todas sus virtudes.

La imprenta, esa invencion medio celestial, medio diabólica, (f) principió á lanzar canciones satíricas, folletos y obras filosóficas. Cada correo se divulgaba algun nuevo crimen con circunstancias tan abominables, que el mismo Suetonio hubiera tenido vergüenza de referirlas: el ciudadano, al satisfacer las contribuciones, pagaba con ellas á los viles cortesanos y al ejército que le obligaba á obedecerlos. El desprecio y la ira eran los sentimientos que debian dominar en el corazon de aquel ciudadano (g). Si un pueblo que se halla en tal situacion, llega á comprender el secreto de su propia fuerza, bien puede decirse que el Estado ha llegado ya al fin de su carrera.

En el reinado siguiente fue cuando se desbordó la secta enciclopédica, acerca de la cual he dado ya alguna breve noticia, y cuyas relaciones religiosas y políticas con las instituciones que entonces regian en Francia voy ahora á considerar, como he ofrecido.

CAPITULO XLIII.

LA SECTA FILOSÓFICA EN TIEMPO DE LUIS XV.

Ese espíritu de innovacion y de duda que se desarrolló en tiempo del regente, hizo en poco tiempo rápidos progresos. Al ocupar el trono Luis XV, se vió por último formarse una sociedad de los mas brillantes ingenios que la Francia ha producido, los Diderot, los d'Alembert y los Voltaire (h). Solo dos grandes hombres, los dos mas eminentes (i), Juan Jacobo Rousseau y Montesquieu, se desdénaron de pertenecer á aquella sociedad: de aquí nació el odio con que por parte de Voltaire fueron mirados, en especial el primero digno de ser considerado como un apóstol de Dios y de la moral. Atribuíase aquella sociedad la mision de difundir las luces y derrocar la tiranía; su-

(c) Deberia decir causa segunda en vez de primera. (N. ED.)

(d) En los proyectos de ese extranjero se encuentra el plan literalmente llevado á cabo en nuestros dias por Mirabeau (el mayor) esto es el pagar la deuda nacional en papel, el vender los bienes del clero etc.

(e) No es cierto esto refiriéndose á Francia. (N. ED.)

(f) Nada tiene de diabólico la prensa, sino cuando está bajo la direcion de leyes malas. Si depende de la arbitrariedad, si se la encadena por medio de la censura entonces solo es cuando pierde sus cualidades divinas, y se convierte en un instrumento diabólico. Nadie puede aprobar el abuso de la prensa, pero á nadie sino á las leyes incumbe el prevenirlo y remediarlo. (N. ED.)

(g) Hago bien en manifestar mi indignacion contra la regencia, pues ella y el reinado de Luis XV son dos épocas de las que mas deben provocar la indignacion de la historia. (N. ED.)

(h) Diderot y d'Alembert puestos en el número de los mas brillantes ingenios! Es un rasgo completamente ridiculo. (N. ED.)

(i) No es cierto que fueran los mas eminentes. Voltaire valia tanto como ellos y Buffon debe tambien ocupar, como escritor, un puesto muy inmediato al de aquellos. (N. ED.)

blíme hubiera sido la empresa, y mas el verdadero espíritu que dominaba á los enciclopedistas era una frenética persecucion á todo sistema, una intolerancia de opiniones que aspiraba á sofocar hasta la libertad del pensamiento en los demás, y finalmente un rabioso encono contra lo que ellos llamaban *Infame*; esto es, contra la religion cristiana que á todo trance se habian propuesto derribar. (a)

Lo que hay de admirable en la historia del corazon humano, es que el déspota Federico II perteneciese á esa confederacion que en realidad estaba trabajando vigorosamente para destruir el poder de los reyes. El mas extraordinario documento literario que existe, es tal vez la correspondencia entre Diderot, Voltaire, d'Alembert y el rey de Prusia. En cada una de las páginas de esa coleccion de cartas hay que admirarse, al ver cómo los filósofos se desprendian del velo con que se presentaban cubiertos á los ojos del vulgo: el monarca, despojándose de su régia máscara, llamaba fábulas á la moral, deseaba para sí propio y para sus amigos la libertad, reservando la esclavitud para el pueblo estúpido; se burlaba de cuanto hay sagrado para el hombre, y últimamente con mano tan criminal como poderosa profanaban y disponian de la reputacion y opiniones de todos los que no pertenecian á su pandilla.

Tal fue esa famosa secta que reinando Luis XV principió á extenderse y á destruir la moral en Francia, siendo verdaderamente maravillosa la rapidez de sus progresos. No se cansaba el infatigable Voltaire de gritar: «Persigamos, abrumemos al infame.» Una turba de autores, demasiado pequeños para merecer la atencion del grande hombre, se pusieron á borrar papel á imitacion de su maestro. No tardó en propagarse la incredulidad á la gente de buen tono. En vano J. J. gritaba poseido de santo celo: «Pueblo, te extravian; hay un Dios que castiga el crimen y recompensa la virtud.» Todos los esfuerzos del sublime atleta fueron inútiles contra el torrente de los filósofos y algunos individuos del clero, que habian depuesto su mortal enemistad, solo para perseguir de comun acuerdo al grande hombre (b).

Mientras que unos filósofos combatian contra los principios religiosos, otros dirigian sus ataques contra la política, y no debe dejarse pasar desapercibido que la secta atea no hizo mas que cometer miserables errores en materias de política. Montesquieu (c), J. J. Mably, Raynal (d), dieron desgraciadamente alguna ilustracion á aquellos hombres que habian perdido la fuerza y pureza de alma necesarias para hacer un buen uso de la verdad. Las facciones han ido devorando á esos ilustres ciudadanos: los jacobinos á Montesquieu y los realistas á Juan Jacobo; mas no por eso el *Espíritu de las Leyes* ni el sublime *Emilio* tan poco comprendido de la multitud, dejaron de pasar á la mas remota posteridad. Por lo tocante al

(a) En mi edad madura he acabado de corroborar la exactitud de ese juicio: los enciclopedistas fueron los mas intolerantes de los hombres, y esa es la razon porque no los puedo sufrir. Los considero como los hipócritas de la libertad, como los sereno-apóstoles de la filosofia que confundian el miserable orgullo de su vanidad con el espíritu de independencia, sus malas costumbres con la aspiracion al derecho natural y su furor irreligioso con la sabiduria. No se debe á sus doctrinas lo que pueda haber de bueno en la revolucion, pues no produjeron mas que los asesinatos del clero, las deportaciones á la Guyana y los cadalsos. (N. ED.)

(b) ¡Habré dicho algo mas conveniente ni enérgico contra el filosofismo antireligioso en el mismo Genio del Cristianismo? En este pasaje Rousseau está muy opuesto á los demás filósofos. (N. ED.)

(c) Ciertamente: el ateísmo no es bueno para nada, sino para probar la debilidad del espíritu y la mediania del talento. (N. ED.)

(d) ¡Mably y Raynal con Montesquieu y Rousseau! Solo la falta de criterio de la juventud, y la inexperiencia pudieran asociarlos. (N. ED.)

Contrato social como que una parte de él se encuentra en el *Emilio*, y como que no es mas que extracto de una grande obra, en la que todo se desecha y nada se afirma, creo que en su estado actual de imperfeccion, puede producir poco bien y mucho mal (e): lo único que me admira es que los republicanos del dia hayan tomado esa obra por regla de su conducta, siendo así que es el libro que mas altamente reprueba su sistema.

De manera que así que el pueblo empezó á leer, fijó los ojos en libros que no predicaban mas que política y religion: el efecto fue prodigioso. En tanto que rápidamente iba perdiendo sus costumbres y su ignorancia, el gobierno, cerrando los oídos al estrépito de una vasta monarquía que empezaba á precipitarse hácia el abismo en que la hemos visto desaparecer, se aferraba mas que nunca á su sistema de vicios y de despotismo. En vez de dar mas latitud á sus planes, elevar sus ideas, y purificar su moralidad en progresion relativa al aumento de luces, se contraia, digámoslo así, en su propia pequenez, y ni sabia someterse á la fuerza de las cosas, ni oponerse á ellas con el vigor necesario. Esa miserable política de irse limitando el espíritu del gobierno, en tanto que el del pueblo va adquiriendo nueva extension, es cosa digna de notarse en todas las revoluciones, y puede compararse á la tenacidad de querer trazar un gran círculo en una pequeña circunferencia: los resultados son positivos. La tolerancia se aumenta cuando los sacerdotes hacen que sea condecorado á muerte algun jóven, que en medio del desarreglo de una orgía ha insultado á la imagen de la divinidad: porque el pueblo se muestra inclinado á la resistencia, y el gobierno tan pronto cede inoportunamente á su impulso, como desentendiéndose de toda prudencia, emplea contra él nuevas coerciones: el espíritu de libertad empieza á manifestarse, y los políticos no encuentran otro medio de reprimirla, que fulminar arbitrarias órdenes de destierro. Sé muy bien que en Francia tales órdenes causaron en la época á que aludo mas ruido que daño; pero ni aun así puede decirse otra cosa sino que tales providencias destruyen radicalmente los principios. Todo lo que no es ley, está fuera de la esencia del gobierno, y por lo tanto es criminal. ¿Quién se expondría á permanecer con una espada suspendida de un cabello sobre su cabeza, á pretexto de que no ha de caer? De manera que el cuadro que presentaba la sociedad francesa momentos antes de la revolucion, era un monarca adormecido entre voluptuosidades, unos cortesanos corrompidos, unos ministros imbéciles ó perversos, el pueblo perdiendo de todo punto sus costumbres, filósofos combatiendo unos contra la religion otros contra el Estado, nobles llenos de ignorancia ó plagados de los vicios de la época, y eclesiásticos siendo en París el escándalo de su órden, ó llenos de preocupaciones en las provincias. Reunidos tantos elementos de destruccion, ¿podía subsistir el edificio social por mucho tiempo en pié? (f)

Desde el reinado de Luis XV la religion venia perdiendo terreno, hasta que al fin la hemos visto abismarse con la monarquía en la sima de la revolucion. (g)

Para completar la historia del cristianismo, voy á poner en evidencia las armas con que los filósofos modernos han combatido contra ella, así como anteriormente he explicado los sistemas mediante los cuales los sofistas griegos dieron muerte al politeísmo. Hay, sin embargo, entre los filósofos de ambas épo-

(e) Juzgo bien el *Contrato social*; pero mal el *Emilio*. (N. ED.)

(f) Esa es una opinion valerosamente emitida, y el párrafo está escrito tan bien como me es posible. (N. ED.)

(g) Una vez por todas volveré á decir que la religion ni se ha hundido ni puede desaparecer. (N. ED.)

cas la diferencia de que los Platones y los Aristóteles se contentaron con publicar los nuevos dogmas sin atacar directamente la religión de su país, en tanto que los Voltaire y los d'Alembert se declararon, sin anunciar otras opiniones, decididamente contra el culto de su patria, y en esto fueron mucho más inmorales que los sectarios de Atenas. (a)

Advierto al lector que en los capítulos que van á seguir á este, no tengo más parte que la de ser un simple narrador de los hechos, y que en ellos, cumpliendo con lo que el asunto exige, no hago más que referir la opinión de otros autores, aunque discrepo de ellos (b). Es necesario dar á entender las causas que nos han sumergido en la revolución actual; por lo tanto voy á presentar las más considerables.

CAPITULO XLIV.

OBJECIONES DE LOS FILÓSOFOS CONTRA EL CRISTIANISMO.—OBJECIONES FILÓSÓFICAS.

A cuatro especies pueden reducirse las objeciones de los filósofos contra el cristianismo: 1.º Objeciones filosóficas propiamente dichas. 2.º Objeciones históricas y críticas. 3.º Objeciones contra el dogma. 4.º Objeciones contra la disciplina.

Examinemos las primeras.

Objeciones filosóficas (1). La creación es un absurdo. ¿Qué voluntad alcanza á sacar un átomo de materia de la nada? Todas las razones imaginables no destruyeron jamás este axioma vulgar. De la nada, nada puede hacerse. Entiéndase, que en la misma Escritura (sagrada) admite la nada pues dice: *el Espíritu de Dios reposaba sobre las aguas*. He aquí pues la materia coexistente con el espíritu: he aquí un verdadero caos.

¿Decís que Dios ha sido el arquitecto del mundo? No es en verdad expresión muy digna del sistema del cristianismo; mas sin embargo, veamos si puede ser admitida.

Si Dios ordenó la materia, es un ser impotente y limitado. El caos era la primitiva forma, y necesariamente la mejor, pues era la natural, y en su fondo dormían pasivos los vicios, los disgustos y las enfermedades. ¿Qué ha hecho Dios? Todo lo ha separado, todo lo ha dividido, y al clasificar los males, no ha hecho más que un mundo vulnerable por todas partes de un mundo que yacía tranquilo en la inercia; ha dado un alma de dolor y sensibilidad á las penas (c). Luego Dios se engañó, y su ponderado orden no es más que un espantoso desconcierto.

(a) No puedo ser ni más imparcial ni más severo. Si soy filósofo al hablar del Emilio, bien podran decir los filósofos que jamás han tenido un colega más desagradable que yo. (N. ED.)

(b) Notable pasaje y que por sí solo bastaría para absolverme de la acusación de anti-cristiano que algunos me han hecho. No puede suponerse que semejantes palabras sean á manera de una precaución del autor; pues bien se ha manifestado en todo el resto de la obra que no soy hipócrita ni me dejo dominar del temor. Solo el espíritu de la verdad me animaba, y por eso dije que iba á referir opiniones de otros autores aunque discrepo de ellos, y solo iba á ser un simple narrador. Sin embargo esos mismos capítulos sobre los cuales hago esa advertencia han sido uno de los principales cargos de la acusación que algunos me han hecho. Pero en verdad cuanto más se lea el *Ensayo*, menos cargos pueden hacerse. No pretendo sin embargo disculparme enteramente del pasaje que da lugar á esta nota: hice mal, muy mal en referir las objeciones de los filósofos contra el cristianismo; tanto más culpable soy cuanto que el paso que me complazo en decir que no son mías, no por eso dejo de manifestar alguna complacencia al referirlas. (N. ED.)

(c) No es posible citar á cada paso los autores de donde saco estas opiniones, y me contentaré con citarlos todos al fin del capítulo.

(d) Véase para la refutación de todas estas lindezas las *Notas y Aclaraciones del Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

Pero os concedemos la mayor. Suponemos por un momento que todo dimana de Dios. Ese Dios al crear al hombre le dijo «Si pecas, mueres», y sin embargo ya había previsto que había de pecar y había de morir. «Serás bueno y virtuoso, ó te condenaré á las penas del infierno.» Dios sabía muy bien que el hombre no sería bueno, ni virtuoso, y sin embargo lo había creado. A esto contestareis que Dios os ha dado un libre albedrío. Enhorabuena; pero dejemos á un lado esa cuestión. ¿Había Dios previsto que yo había de caer y por lo tanto ser eternamente desgraciado? Sí, ciertamente. Pues en tal caso, vuestro Dios no es más que un tirano horrible y ridículo. Da á los hombres pasiones más poderosas que su razón, y sin embargo le dice: «Te he dado una razón.»—Así es, pero también me has dado pasiones, y sabías muy bien, que estas me habían de arrastrar, y tú desde millones de siglos antes de mi nacimiento, habías previsto que en tu tribunal había de ser condenado á una eternidad de dolores. ¿Por qué me sacabas de la nada? ¿Quién, ¡Oh Ser Omnipotente! podía obligarte á crear un miserable? ¿No pudiste hacerme fuerte y virtuoso en el grado oportuno para conseguir la felicidad? ¿Te complaces en crear víctimas y en insultarlas en medio de sus tormentos hablándoles de un libre albedrío sobre cosas que tu presciencia te había hecho ver desde toda eternidad, y que por la razón misma de haberlas tú previsto debían necesariamente suceder?

Dios no pudo impedir que al nacer ocupárais en el orden de los seres el sitio que os correspondía.—Está muy bien; pero ese Dios ya no es el Dios de los Hebreos; es el Destino, otro sistema que tiene también sus inconvenientes. Por último, parais en atrincheraros en el grande argumento que decís que tan imposible es á nuestra naturaleza comprender al Gran Ser como á un animalillo infusorio comprender al hombre: esa razón, aunque excelente en sí misma, nada prueba por lo tocante á las Escrituras Sagradas. Aténgome pues, á que nada me es posible comprender por lo tocante á Dios, y bajo este supuesto, el mismo crédito daré á Moisés que á Platon, salva la diferencia de que este discurre mejor que aquel.

Paso por alto otra multitud de objeciones filosóficas fundadas en las diversas razas de hombres, en la antigüedad del globo etc., y sigo con el examen de las razones histórico-críticas (2).

CAPITULO XLV.

OBJECIONES HISTÓRICO-CRÍTICAS.

Los profetas de Israel habían desde mucho tiempo atrás anunciado la misión del Hijo de Dios. Llegó por fin el momento de su venida, y las profecías fueron cumplidas al pie de la letra.

No se predice el hecho, porque ha de suceder, sino que sucede porque ha sido predicho. Así lo comprueban los mismos Evangelios diciendo á cada paso con la mayor candidez. «Y Jesús hizo esto á fin de que se cumpliera la palabra del profeta.» Mas sin detenernos á combatir vuestro fútil argumento, os demostraremos, que lo que anuncia la venida de Cristo no nace más que de la torpe ignorancia de los Hebreos, pues convirtieron en profecías el calendario egipcio que no llegaron á entender. Allí se ve todo el misterio de la Virgen y su Hijo, que no significa otra cosa sino el oriente y ocaso de diversas constelaciones. Los Hebreos al salir de Egipto, se llevaron consigo esos signos, y de allí á poco los convirtieron en las más absurdas fábulas.

Aun hay más: no está tampoco enteramente de-

(2) Autores de donde he tomado esas objeciones: *BAYLE; Cartas de Diderot al rey de Prusia; TOLANDO; VOLTAIRE Diccion. filosof.; HUME'S Philosoph. Essay; LE BOUCHER, BUFFON, etc.*

mostrado, que en ningún tiempo haya existido un hombre llamado Jesús que haya sido crucificado en Jerusalem. ¿Qué pruebas existen de semejante suceso? Los Evangelios. ¿Admitiréis en un proceso como documentos válidos los indudablemente escritos por una de las partes? Decimos esto, como suponiendo que creemos en la autenticidad del Nuevo Testamento (lo cual estamos muy lejos de creer como se verá en lo sucesivo). Lejos de encontrar nada en la historia que admita la verdad de la existencia de Jesucristo, vemos, según los autores latinos, que hablan con el mayor desprecio de la secta naciente (1), que los Evangelios no eran literalmente entendidos ni aun por los mismos cristianos primitivos. Considerábanlos como una especie de alegorías ó misterios, en los cuales se hacían iniciar como en los de Eleusis.

Mas hay también que advertir, que habéis á vuestro placer suprimido una multitud de Evangelios calificándolos de apócrifos, sin embargo de no serlo ni más ni menos que los otros. En ellos se notan tantas contradicciones (que no habéis podido hacer desaparecer completamente ni en los mismos Evangelios que nos habéis dejado) que necesariamente hay que inferir, que en sus principios la historia de Jesucristo no fue más que un cuento que cada cual relata á su manera.

Los primeros cismas de la Iglesia acaban de corroborar esta opinión. Los Padres no estaban de acuerdo ni en cuanto al fondo ni en cuanto á la forma. ¿Cómo puede creerse que estando tan reciente el suceso, ignorasen la verdad? Demuéstrase pues por ese encontrado choque de sentimientos opuestos, que el sistema del cristianismo no había aun llegado á formarse, y que cada cual lo iba modificando á su modo. Por consiguiente nada está al parecer menos demostrado que la existencia de Cristo.

Vayamos más allá. Admitamos la realidad de su vida y la autenticidad de los Evangelios. De la simple lectura de estos mismos, resulta destruida la divinidad de Jesús. ¿Por ventura, no vemos que cuantas personas decentes había en Jerusalem, sacerdotes, magistrados, finalmente esa clase de hombres cuya opinión en todos tiempos es más apreciada que la del populacho, consideraron al Cristo como un impostor que trataba de adquirirse prosélitos? Pidiéronle que hiciera milagros públicamente, pero no pudo hacerlos, siendo así que resucitaba muertos entre la canalla. En sus contestaciones jamás se le oyó dar una respuesta terminante; hablaba con oscuridad á la manera del oráculo de Delfos. Por lo tocante á su resurrección, todo el misterio queda explicado suponiendo que se dió un poco de vino y de dinero á los guardas del sepulcro. ¿A quién apareció después de su salida triunfante de la tumba? A sus discípulos; á unas mujeres crédulas, á unas personas que estaban interesadas en que se prolongara la impostura. No apareció á los sacerdotes, ni al pueblo, ni á los magistrados que le vieron perecer y que estaban bien seguros de que ya no existía. Vamos á examinar los dogmas (2).

CAPITULO XLVI.

OBJECIONES CONTRA EL DOGMA.

Intrínseca y extrínsecamente parece demostrado, que los Evangelios nunca fueron predicados por Jesús ni escritos por sus discípulos. Fueron según todas las probabilidades, compuestos en Alejandria durante los primeros siglos de la Iglesia.

(1) *Afflicti supplicis christiani, genus hominum superstitionis novae ac maleficae.* (Sueton., in *Neron.*) No habla tampoco Tácito en mejor sentido de los cristianos.

(2) Refiérense estas objeciones á los mismos autores citados al fin del capítulo anterior.

Después de las conquistas de Alejandro y la institución del reino egipcio por los Tolomeos, se trasladaron á Alejandria las escuelas filosóficas de la Grecia y en esta ciudad brillaron con nuevo esplendor. De la situación topográfica de aquella localidad, que constituía el paso del Oriente al Occidente, resultó que las opiniones de los filósofos de la India, las de los magos de la Persia, las de los antiguos sacerdotes del Egipto, y las de la filosofía del Oeste, vinieron á concentrarse en un foco común de errores y de luces. En la biblioteca de Alejandria y en medio de aquella multitud de sectas, es en donde evidentemente fueron compilados los Evangelios, que nada más son que una miscelánea de las diversas doctrinas acumuladas en un cuerpo, y revestidas con el lenguaje oriental. Su autor ó autores fueron sin disputa personas dotadas de un brillante ingenio y de sensibilidad de corazón. Reuniendo la moral de todos los sabios, la sencillez, la pureza de las lecciones de Sócrates, y la elevación de los principios de Confucio y de Moisés, supieron comunicar á la obra la ternura propia de su alma, y animándola con la interesante narración alegórica de Cristo consiguieron dar el más alto atractivo á su obra. Tal es la historia de la parte moral de los Evangelios: de sus dogmas diremos lo siguiente:

El misterio de la Trinidad está tomado de la escuela de Platon. Dios, el espíritu, ó las ideas, el alma del mundo, ó el hijo incorporado á la materia (3). Del Whisnou de los Brahmas se deriva el misterio de la Encarnación (4), que por otra parte corresponde tam-

(5) Véanse los diversos sistemas en los artículos de los filósofos griegos y persas. No faltan filósofos modernos que hayan asegurado que Jesucristo no era otra cosa más que el mismo Platon, de quien también se dice haber salido del seno de una virgen. También los indios tenían una trinidad, á saber: Sree-Mun Narrain, Mhab Letchimy, una hermosa mujer (como el hijo, emblema del amor), y la Serpiente ó el Espíritu. (*Sketches on the Mythology and Customs of the Hindoos*, pág. 11.)

(4) Whisnou no era el único Dios de los indios que se hubiese encarnado. Véase una de las Encarnaciones de Sree-Mun Narrain. Esta divinidad principal de los indios con sus inseparables compañeros Mhab Letchimy y la Serpiente resolvió encarnarse para corregir los grandes abusos que se habían introducido entre los hombres. Narrain tomó la figura del guerrero Ram; Letchimy se convirtió en esposa suya con el nombre de Seetah Devec, y la Serpiente se metamorfoseó en un joven llamado Letchimim, hermano y compañero de Ram. Cierta día que pasaban por un desierto, Ram tuvo que separarse de su esposa, y la confió durante la ausencia á su hermano. Por de pronto ninguna novedad les ocurrió; pero habiendo un famoso mago visto á Seetah se enamoró perdidamente de ella, y para separarla de su fiel compañero, se convirtió en un ave del más brillante plumaje. Apenas la débil esposa de Ram vió al ave perdidá, suplicó encarecidamente á Letchimim se apoderara de ella. En vano fue que el joven le hiciera presente el peligro á que iba á quedar expuesta: deseo de mujer es irresistible: Letchah, sorda á todas las reflexiones, acusó en un momento de despecho á su cuñado de haber tenido intenciones criminales respecto de ella. Letchimim al oír esta acusación no vaciló un momento: pero antes de separarse de la ingrata belleza para ir á correr tras del ave, trazó un círculo alrededor de su cuñada advirtiéndole que mientras no saliera de aquella circunferencia nada tenía que temer. No bien el joven se alejó de aquel sitio cuando el mago tomando la forma de un decrepito anciano se apareció á Seetah suplicándole le diera un poco de agua para mitigar la abrasadora sed que le devoraba. La desdichada y compasiva esposa de Ram salió fuera del círculo fatal y cayó en poder del cruel hechicero.

El autor de donde yo he tomado esta anécdota nada dice acerca de la conclusión de la aventura. Solo puede inferirse que el mago no consiguió el objeto tan perdidamente solicitado, pues no fiándose Ram de las protestas de su esposa después de haber vuelto á reunirse con ella, le mandó justificar su inocencia por medio de la prueba del fuego. Seetan caminó sobre hierros candentes, pero sus pies, según dice el autor, bronceados por la inocencia pasaron sobre las ascuas como por una senda de flores. (*Sketches of the Mythology of the Hindoos.*)